

LOS ORÍGENES DE LA CRISIS DE LA RAZÓN: EL PASO DEL *LOGOS* A LA *RATIO*

Francesc Casadesús Bordoy
Universitat de les Illes Balears

ABSTRACT: The word "logos" has a Greek a wide semantic field, which contains more than thirty meanings. All of them are somehow related to the meaning of "word". However, it is clear that philosophers and scholars have tendency to translate the word as "reason". This meaning comes from the word "ratio", which meant "calculation" in Latin. This translation has implied the transition from the discursive Greek thought to the calculating Latin reason. For this reason, the transition from "logos" to "ratio" has implied a limitation in the semantic possibilities of the first word. This process caused the first reason crisis in the history of the western philosophy.

RESUMEN: La palabra "logos" en el vocabulario griego tiene más de treinta significados, todos los cuales se relacionan con el significado de "palabra". No obstante, los filósofos han mostrado una clara tendencia a traducir esta palabra por "razón", la cual proviene del latín "ratio" y significa "cálculo". Esta traducción lleva implícita una transformación del significado discursivo griego al latino. Por esta razón, la traducción de "logos" por "ratio" limita las posibilidades semánticas del término traducido. Interpretamos este proceso como la primera crisis de la racionalidad en la filosofía occidental.

La primera crisis de la Razón

El tema que aglutina estas jornadas de filosofía es el de la crisis de la Razón en el momento en que se produce la transición al tercer milenio. Como sucede con tantos otros conceptos parece que este es un buen momento para realizar una reflexión sobre esta cuestión porque resulta evidente que la racionalidad o, al menos un determinado tipo de racionalidad, ha entrado en crisis durante el desarrollo de los dos últimos siglos. No es, sin embargo, este el tema que se va a abordar en esta comunicación, sino otro que le está posiblemente muy relacionado: el de los orígenes de la crisis de la Razón. La presente exposición parte de la hipótesis de que el análisis de los mismos quizá conseguirá iluminar un poco más sobre el estado de la Razón en nuestra crítica época.

Una de las expresiones más afortunadas de la historia reciente de los estudios de filosofía griega, y que se ha extendido incluso a otros dominios, es la tópica afirmación de que la filosofía se originó en Grecia como el resultado de una transición del "Mito al *Logos*". La famosa frase procede, como es sabido, del título de un libro de W. Nestle, *Von Mythos zum Logos*, que adquirió una notable fama en el mundo académico en la

segunda mitad del siglo XX. Utilizada en la actualidad con mucha frecuencia se quiere expresar con ella que la Filosofía occidental surgió en Grecia como el resultado de una evolución que va del Mito tal como lo relataban los más significados poetas, Homero, Hesíodo y Orfeo, al discurso lógico de los primeros filósofos que intentaba formular y estructurar una explicación racional de la realidad. En otras palabras, la expresión "del Mito al Logos" aludiría al paso de la irracionalidad a la racionalidad; el paso del cuento fabuloso a la lógica de la filosofía. Como tantas otras expresiones compuestas de dos términos la expresión ha acabado convirtiéndose en un tópico.

Fenómeno muy parecido al que se ha producido también con dos conceptos creados por Nietzsche para expresar también la tensión entre la racionalidad y la irracionalidad en la sociedad helena: apolíneo y dionisiaco. De nuevo dos simples palabras que plantean una dicotomía radical han gozado de un éxito enorme, siendo utilizadas, tanto o más que las anteriores, para dar a entender que en Grecia existió siempre una tensión entre la razón y lo irracional, siendo, incluso, éste segundo aspecto mucho más atractivo que el primero. La manifestación irracional, dionisiaca estaría mucho más cercana a la vida y a la pasión que la racional y apolínea, mucho más cerebral y fría.

Sin embargo, y a pesar de la decepción que esta afirmación pueda causar a más de uno, debe advertirse que estos dobles lingüísticos, "el paso del Mito al Logos", "apolíneo y dionisiaco", a pesar de su afortunada aceptación, tienen muy poco que ver con lo que se habría querido expresar con ellos. Es más, pueden dar una visión distorsionada, si no falsa, de lo que acontecía en el seno de la cultura y la sociedad griega. Lo cierto es que en Grecia no se produjo, en el sentido que da a entender la expresión, un paso, repentino o no, del Mito al Logos, ni ha existido nunca nada que con cierta exactitud y precisión pueda ser calificado como apolíneo o dionisiaco, fuera del ámbito estricto de aplicación de ambos términos.¹ La prueba de ello, sin entrar en más detalles que nos conducirían a terrenos muy interesantes pero alejados del objetivo de esta exposición, es que el Mito no dejó de existir al transformarse en Logos, como muchos parecen creer, ni lo calificado como apolíneo tiene que ser necesariamente racional y lo dionisiaco irracional, sino que podría suceder incluso lo contrario: que ejemplos de una actitud apolínea pudiesen ser calificados como irracionales y otros de una actitud dionisiaca como racionales. Bastaría un somero repaso de la figura de Orfeo para demostrar cuán difícil puede resultar calificar a este personaje mítico con uno u otro adjetivo.

La causa de ello es que, como resulta fácil de comprobar, las cosas no se dejan anquilosar por los conceptos que son mucho más pobres que la realidad que pretenden significar. Cuando, además, ocurre, como en este caso, que con esos conceptos, dos simples adjetivos, se pretende abarcar el conjunto de la realidad que se pretende denominar, no debe extrañar a nadie que se produzcan notables confusiones entre uno y otro y que, en definitiva, no acaben significando nada real, sino que, más bien, sean un

¹ Es decir, y abusando de la tautología, "dionisiaco" debe ceñirse a definir el ritual dionisiaco y "apolíneo" al culto a Apolo. Cualquier otra proyección en un ámbito externo al que propiamente le corresponde representa un uso excesivo y, posiblemente erróneo, del término. Esto, no obstante, no implica una crítica al sentido que Nietzsche les diera a esos términos que, en líneas generales, utilizó metafóricamente para referirse a otras realidades que consideraba afines. El abuso de estos términos lo han realizado quienes, olvidando su sentido metafórico, los han extrapolado al creer que la mentalidad helena podía ser reducida y explicada con dos únicos conceptos.

simple artificio verbal repetido acríticamente a lo largo de generaciones sin considerar a qué realidad concreta aluden.

Esta circunstancia nos lleva a una primera conclusión relacionada con el tema que directamente nos ocupa: difícilmente se puede calificar algo como racional si, como sucede en el caso griego, resulta muy difícil de establecer, al margen de los calificativos más o menos afortunados, los contornos de la racionalidad. Pongamos algunos ejemplos extraídos de la propia filosofía griega. Por mencionar a algunos filósofos antiguos, ¿Pitágoras y Empédocles fueron racionales o irracionales?. El propio Platón, al exponer más de treinta mitos algunos de ellos, como el de la Caverna o la Atlántida, más conocidos en la actualidad que los de los grandes poetas, ¿fue racional o irracional?. Y la creencia en la inmortalidad del alma, originada en los círculos filosóficos que se acaban de mencionar, ¿es racional o irracional?. De hecho, ¿es racional creer, en nuestros días, en la inmortalidad del alma?. Los ejemplos podrían extenderse a todos los filósofos y los más variados temas de la filosofía por lo que tan sólo cabe ahora esbozar una primera hipótesis: en Grecia los límites de la racionalidad no estuvieron nunca definidos con tanta nitidez como dan a entender las expresiones de W. Nestle o F. Nietzsche. Pero, para seguir avanzando en el porqué de la crisis de la Razón en nuestros días, conviene seguir analizando otras cuestiones cuya comprensión debe facilitar el entendimiento de qué debe entenderse por crisis de la Razón.

Logos y Mythos

Logos implica siempre en griego y cualquiera que sea la traducción que se elija, la noción de palabra. Logos es, siempre y básicamente, palabra en cualquiera de las acepciones que se adopten para trasladar su significado a la lengua castellana o catalana. De las más de treinta acepciones posibles de Logos no es posible encontrar ninguna que omita ese sentido en algún aspecto. Logos puede ser traducido, entre otras muchas posibilidades, por “expresión”, “definición”, “afirmación”, “máxima”, “discurso”, “discusión”, “argumento”, “relato”, “fábula”, “concepto”, etc. En todas estas traducciones está implícita la noción de palabra oral o escrita. Incluso en las traducciones de Logos como “pensamiento”, “razonamiento” o, incluso, “Razón” se sobreentiende que el pensamiento, el razonamiento o la propia razón utilizan la palabra como vehículo de la expresión. Existe en griego, es cierto, la expresión *didónai lógon*, que se traduce habitualmente por “dar cuenta”, “dar razón de algo”, en el sentido de dar explicación de algo utilizando la palabra como medio de expresión y no el número, como se analizará más tarde y podría deducirse erróneamente de la traducción “dar cuenta de algo”.

Por otro lado, se debe resaltar que la palabra *mythos* de la que procede “Mito” es también, en traducción, “palabra”, “dicho”, “conversación”, “reflexión” e, incluso, “pensamiento” y “razón”. Lo que sucede es que el campo semántico de *Mythos* abarcaba e insistía más en el sentido de leyenda, fábula, cuento y, de ahí, naturalmente, Mito. Así, pues, como en el caso de Logos, *Mythos* incluye también en todas sus acepciones el significado básico de “palabra”. Por este motivo, y analizadas las cosas desde esta perspectiva, resulta que la expresión mencionada al comienzo, “paso del Mito al Logos” implica una suave transición de una manera de utilizar la palabra a otro: el paso de la palabra expresada de modo fabuloso en un cuento a la palabra expresada mediante un discurso o explicación que procura describir la realidad mediante vocablos carentes de

pretensión poética. Estos últimos son, por decirlo así y pesar de la tautología que ello implica, “conceptos lógicos”, es decir, palabras desprovistas de un revestimiento mítico. Lo que caracterizaría la aparición de la filosofía, el tan repetido “paso del Mito al Logos”, sería, pues, el cambio en el uso del lenguaje que, con la aparición del Logos filosófico, habría comenzado su andadura hacia la apertura de nuevos campos semánticos mucho más técnicos y especializados, desconocidos, en cualquier caso por el lenguaje mítico.

En definitiva, lo que caracteriza la aparición de la filosofía en Grecia es el cambio de un modo de usar el lenguaje a otro. En ningún caso puede significar el paso del mito a la razón, o de lo irracional a lo racional, porque tan producto de la razón y tan razonable es la exposición mítica como la filosófica ya que la palabra expresada míticamente obedece a los mismos mecanismos racionales que la palabra expresada lógicamente. Esto quedaría aclarado si se analizara con atención el desarrollo expositivo de las diversas cosmogonías prefilosóficas griegas. Se trate de la cosmogonía hesiódica o la órfica, por citar tan sólo dos de las más significativas, se constata pronto que ambas pretenden lo mismo: sistematizar las genealogías divinas y buscar un principio de las cosas en su intento de ofrecer una explicación del origen del cosmos. Exactamente lo mismo que intentaron los primeros filósofos griegos: investigar los primeros principios en su búsqueda de una explicación de la naturaleza y el Universo. La estructura que se manifiesta en ambos casos es idéntica, piramidal y jerárquica, puesto que, de lo que se trata, es de buscar un *arché* del que proceda todo: una divinidad, en la exposición mítica y teogónica; un primer principio natural, en la exposición filosófica. Obsérvese, además, que ambos modos de exposición tienen en común el uso de la palabra sea ésta en forma de *Mythos* o en forma de *Logos*.

La conclusión de esta situación es que la Razón humana se apoyó en un primer momento en la palabra narrada, contada, en el Mito para expresar el origen de las cosas. Cuando captó la insuficiencia de este tipo de expresión buscó otro, el Logos, lo que posibilitó la aparición de la filosofía. Pero este hecho, por muy paradójico que pueda parecer y desde nuestra perspectiva actual, significó la primera crisis de la Razón. Y se utiliza aquí “crisis” conscientemente en la segunda acepción de este término que ofrece el Diccionario de la Real Academia Española: “mutación importante en el desarrollo de un proceso ya sea de orden físico, histórico o espiritual”. En efecto, no fue otra cosa que una “crisis” el “paso del Mito al Logos”, una mutación, un cambio del lenguaje que la Razón humana utilizaba para explicar el origen de las cosas.

A partir de este momento la filosofía se caracterizó por explicar el mundo “lógicamente”. Pero “lógicamente” no debiera significar nada más que mediante el uso del Logos, de la palabra. Para demostrar este hecho baste recordar a dos filósofos griegos: Heráclito y Aristóteles. Heráclito fue el primer filósofo en postular que el Logos es un principio, un *arché*. Son muchos los estudiosos que han identificado ese Logos con la Razón, creyendo así, que Heráclito habría postulado a ésta como el principio de todas las cosas. Sin embargo, un análisis detallado del término aconseja evitar esta identificación. Logos en Heráclito sigue significando, básicamente, “palabra” y el suyo fue un esfuerzo lógico por explicar el mundo. La demostración de que Heráclito siguió entendiendo Logos al modo tradicional es el hecho de que insistió en que este Logos se escucha, se capta, lo que implica necesariamente la palabra hablada. Un análisis más pormenorizado de los fragmentos de Heráclito, en el que lamentablemente no podemos entrar ahora, conduce a la constatación de que para él el conocimiento del mundo pasaba

necesariamente por la palabra que lo describe. Pues Heráclito creía, como otro muchos pensadores helenos, que la palabra manifiesta, por naturaleza, la cosa que significa y que, por tanto, el conocimiento de una comporta esencialmente el conocimiento de la otra. Aristóteles, el gran lógico de la Antigüedad, consideraba, por su parte, que la única manera de abordar el análisis y conocimiento del mundo era mediante la palabra, el Logos a quien consideraba, en última instancia, la esencia de las cosas.

Para concluir este primer apartado introductorio conviene recordar que los filósofos griegos fueron dialécticos en su sentido más etimológico, ya que consideraron que tan sólo mediante el uso discursivo de la palabra era posible el conocimiento de la realidad.

Ahora bien, a pesar de la pasión griega por la palabra se generó pronto en la filosofía griega una notable tensión entre quienes querían abordar su conocimiento dialécticamente y quienes prefirieron utilizar otro instrumento que se les antojó más eficaz: el número. Pitágoras y los pitagóricos fueron los iniciadores de esa nueva vía, al sostener que el número es la causa y esencia de las cosas. Noción que reelaborada e incorporada en el seno de la filosofía platónica condujo a un primer intento de sistematización de la realidad mediante el número. Una enorme tensión se produjo cuando Aristóteles despreció esta propuesta platónica y contrapropuso de nuevo la palabra en su vertiente dialéctica y lógica, como único instrumento de análisis. La crítica aristotélica a los pitagóricos y al sistema platónico fue feroz aunque, ahora lo sabemos, iba por el camino que la Razón optó finalmente por no recorrer.

En efecto, Pitágoras y Platón inauguraron una vía que, con el paso del tiempo, se iba a demostrar muy productiva: el esfuerzo de las Ciencias por reducir la realidad a número. Esa vía, que Aristóteles rechazó tan duramente, fue la que, recuperada por astrónomos como Galileo, abrió el camino a la ciencia moderna en cualquiera de sus manifestaciones, y muy especialmente a la Física, que, como es obvio, no habría avanzado casi nada desde los tiempos de Tales de Mileto, si no hubiera utilizado la matemática como ciencia instrumental. A partir del entusiasmo que produjo el uso del número en la Física se extendió, entrado ya el siglo XIX, a todas las ciencias, incluidas, las incipientes Ciencias Sociales. Esta euforia matematizante acabó despreciando a la Filosofía a la que se comenzó a considerar una mera e inútil verborrea.

La segunda crisis de la Razón: el paso de *Logos* a *Ratio*

Pero antes de abordar esta cuestión, conviene analizar un segundo momento decisivo en la historia del pensamiento humano que implica una segunda crisis de la Razón en el sentido ya mencionado más arriba. Y este momento coincide, paradójicamente, con la aparición de la palabra Razón como concepto substitutorio del griego Logos. En efecto, fueron los ilustrados escritores romanos quienes optaron por traducir la palabra griega Logos por *Ratio*. Con ello reorientaron definitivamente la evolución del pensamiento occidental y prepararon el camino hacia la crisis, puede que definitiva, de la Razón. La causa es la siguiente: en latín la palabra *ratio* significaba básicamente "cálculo". Las *rationes* eran, por ejemplo, las cuentas que hacían los comerciantes cuando sumaban o restaban el valor de sus mercancías. *Ratio*, pues, en latín, exige necesariamente la intervención del número como instrumento auxiliar en una transacción comercial. Al traducir Logos por *Ratio* lo que hicieron los escritores latinos fue desplazar el campo semántico del Logos, de la palabra, al número. Lo hicieron así porque entendieron la

expresión griega mencionada anteriormente, *didónai lógon*, como *rationem reddere*,² “dar cuenta”, en un sentido numérico que en griego no tenía. Al realizar esta traducción provocaron el inicio de las crisis que ha desembocado en lo que hoy, a las puertas del tercer milenio, denominamos “crisis de la Razón”. La *Ratio*, en su sentido etimológico, estaba limitada al “cálculo numérico” del precio y el valor de los intercambios comerciales sin ninguna relación con lo que, en griego, había querido expresarse con el concepto Logos: la explicación del mundo mediante la palabra. El Logos pasó del lenguaje de los filósofos griegos a la *Ratio* de los mercaderes romanos preparando así su posterior y definitiva crisis.

Si nos detenemos un momento en este hecho trascendental para la historia del pensamiento occidental constataremos algo que es sabido pero que merece resaltarse de nuevo en este contexto: el carácter especulativo de los helenos fue substituido por el pragmatismo de los romanos. La mejor prueba es que los romanos se mostraron totalmente improductivos para la filosofía. Y es que la filosofía no podía desarrollarse en un ambiente en el que la Razón era utilizada para realizar simples cálculos mercantiles. La Razón, en definitiva, se sometió a la dictadura del dinero, servitud que, a la larga, habría de resultarle letal a la Filosofía.

Este hecho debe resaltarse ya que, desde sus inicios helénicos, la filosofía se apartó conscientemente de cualquier otra actividad lucrativa y no buscaba ninguna otra utilidad que la satisfacción del conocimiento que aporta a quien se consagra a ella. La filosofía, como sostuvo Aristóteles, no tiene ninguna otra finalidad que ella misma: “Que no es una ciencia productiva resulta evidente ya desde los primeros que filosofaron: en efecto los hombres comenzaron a filosofar al quedarse maravillados ante algo (...). Es obvio, pues, que no la buscamos por ninguna otra utilidad (...) solamente ella es, en efecto, su propio fin”.³ Numerosos ejemplos y anécdotas demuestran que, en efecto, la filosofía surgió como una dedicación gratuita al conocimiento y la sabiduría. Son conocidas las anécdotas adjudicadas a Tales de Mileto y Demócrito en el sentido de que si hubieran aplicado sus conocimientos a los negocios particulares se hubieran enriquecido notablemente. Rechazaron, en cambio, el beneficio económico en aras de su dedicación exclusiva a la filosofía. Por este motivo, la utilización de *Ratio* para traducir el Logos filosófico griego atenta contra los principios fundacionales de la filosofía griega.

Con la traducción de Logos por *Ratio*, se originó, pues, la segunda crisis de la Razón, en el momento preciso en que esta fue denominada por vez primera con el nombre con el que la conocemos en las lenguas románicas. La explicación de la causa nos lleva ya a la parte final de esta exposición que debe acabar aclarando el porqué de la crisis de la Razón en nuestros días. Los griegos, como se ha visto, iniciaron un audaz proyecto: explicar la realidad mediante la palabra, ya fuese mítica como lógicamente. La palabra, sin embargo, pronto se mostró insuficiente para abordar una explicación del mundo. En realidad, el hombre deseaba, más bien, dominar el mundo que explicarlo. Por este motivo, ya en la propia Grecia, surgió una importante corriente filosófica, la pitagórica

² “*Ratio* est d’un emploi fréquent dans la langue de la rhétorique et de la philosophie, où il traduit λόγος en vertu du double sens du mot grec “compte” (cf. λόγον δίδοναι, qui equivaut exactement à *rationem reddere*) et “raison” comme *rationalis*, traduit λογικός”, A. Ernout-A Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue Latine*, Paris 1985, p. 570.

³ Arist. *Metafísica* 982b. La traducción es de T. Calvo, Madrid 1994, pp. 76-77.

y platónica, que propuso el número como instrumento con el que analizar la realidad. Pero fueron los romanos quienes en su afán de dominio tanto comercial como militar acabaron imponiendo la *Ratio*, el cálculo numérico, como el método más idóneo para explicar la realidad.

Con ello no hicieron más que adecuarse a las exigencias del entendimiento humano que, con el paso del Logos a *Ratio*, renunciaba a explicar la realidad lógicamente para pasar a calcularla aritméticamente. El hombre reconocía, de este modo, que era incapaz de comprender el mundo en su esencia y, por ello, optó por conformarse con una simple aproximación numérica. La Razón comenzó de esta manera su singladura clasificadora, enumeradora y calculadora de la realidad convencida que tan sólo así podía controlarla. Como advirtió Kant, la razón humana se mostraba incapaz de alcanzar la cosa en sí, por lo que se conformó con reducirla a simple cálculo numérico. De este modo el hombre renunció a explicar o expresar las esencias y cualidades de las cosas para conformarse con la cantidades. F. Nietzsche expresó esta circunstancia con gran clarividencia: "nuestro pensamiento consiste en clasificar, en denominar. Se trata, por tanto, de algo que remonta a una arbitrariedad del hombre y que no llega a la cosa en cuanto tal. El hombre alcanza un conocimiento absoluto a base de *cálculo* (...): los límites últimos de todo lo cognoscible son *cantidades*. El hombre no *comprende* ninguna cualidad; sólo una cantidad".⁴

La tercera crisis de la Razón

La observación de Nietzsche es acertadísima y se ajusta perfectamente a lo que se pretende demostrar en esta comunicación: parece que el hombre tan sólo se siente satisfecho si calcula la realidad y la reduce a cantidades numéricas. La Razón aritmética ha impuesto su dominio y los ha extendido por doquier. Fascinada por los extraordinarios avances de la Física y de la Astronomía desde principios de siglo XX, gracias al uso de la Matemática como ciencia instrumental, la Razón ha excedido esos límites y ha puesto todo su empeño en aplicar el cálculo numérico a muchos otros campos del saber. Las denominadas Ciencias Sociales, la Psicología, la Sociología, la Economía, la Pedagogía, son un ejemplo evidente de este abuso. La Estadística se ha convertido, en la actualidad, en el conocimiento por excelencia. Cada día los medios de comunicación ofrecen una buena ración de porcentajes, medias, resultados y coeficientes relacionados con alguna actividad humana en la convicción de que así la describen. La conclusión es que el balance estadístico acaba siendo la realidad misma.

La Razón está en crisis, ciertamente. Pero, cabe preguntarse, ¿qué Razón?. La respuesta es sin duda: la razón heredera de la *Ratio* latina. La que ha pretendido aritmetizar y matematizar el mundo. La que se regocija sumando y restando como el mercader del foro romano ante las previsibles ganancias comerciales.

La victoria aplastante del número ha relegado la palabra a un triste y doloroso segundo término. De nada valen las palabras cuando se imponen los números. Arrinconada por la dictadura del número, aliado natural del dinero en una sociedad capitalista y pragmática, la palabra no hace más que lamentarse del antiguo esplendor

⁴ F. Nietzsche, *El libro del Filósofo*, Madrid 2000, pp. 32-33.

perdido. Abandonada por la Razón calculadora, que la considera inútil, contempla impotente como el número impone la crueldad de los fríos datos. Este hecho explica, entre otras cosas, la lamentable situación de todos aquellos saberes que como la Filosofía, la cultura clásica, etc., no han aceptado la matematización de sus conocimientos. Se los considera inútiles, porque útil es tan sólo aquello que se deja someter por el número y su aliado natural: el dinero.

Pero la Razón numérica en la actualidad también empieza a conocer sus propios límites. Comienza a ser claro que cuantificar el mundo no es conocerlo. Por este motivo urge la recuperación de una Razón lógica que recupere la palabra como instrumento de explicación y aproximación al mundo. Una Razón que en definitiva se sienta orgullosa, como sucedió en Grecia, de ser *Mythos* y de ser *Logos*. Es muy posible que nos encontremos, efectivamente, ante una nueva crisis en el sentido de mutación antes apuntado: el retorno de la Razón aritmética a la Razón mítica y lógica. El retorno a la palabra, en definitiva, que permita al hombre volver a hablar del mundo sin padecer la insoportable necesidad de numerarlo. Así como se produjo un paso del Mito al *Logos* y una transición del *Logos* a la *Ratio* mercantil, los nuevos tiempos anuncian una crisis, un nuevo paso que cierre el círculo abierto hace más de 2500 años: la vuelta a la palabra en todas sus manifestaciones, tanto míticas como lógicas. El retorno a la época esplendorosa en que los contornos de la Razón no estaban constreñidos por el número y giraban en torno a la palabra, el Mito y el *Logos*.

A modo de conclusión

Para acabar esta comunicación valga un ejemplo práctico que a todos nos afecta y que demuestra la validez del anterior análisis. La actual reforma educativa, la LOGSE, que ha arrasado el estudio de la Filosofía y las Lenguas Clásicas ha sido el resultado de la imposición de la Razón mercantilista por parte de los tecnólogos de la educación. Orientada hacia el aprendizaje de conocimientos prácticos, informáticos y tecnológicos, ha impuesto una estructura informatizada del saber sin ningún contenido ni conocimiento específico. El objetivo declarado es el de integrar a los alumnos en el sistema tecnológico e informático para que se adapten, como simples piezas de un juego, a la denominada era digital. Es la victoria del número y del dinero en sus manifestaciones más actuales: la Economía, la Tecnología, la Informática y la realidad virtual y digital. Se ha olvidado que la personalidad humana se forma en todas las manifestaciones del *Logos* y del *Mythos*, el lenguaje, el diálogo, la narración, la reflexión. Por ello, y más que nunca, se hace necesaria la vuelta al *Logos* ya mencionada: para recuperar nuestra condición de personas libres y sensibles y no transformarnos, tal como pretende la reforma educativa, en “individuos aislados y desprovistos de todo conocimiento y consciencia”, abocados “al manejo ciego de las máquinas y a la pérdida de lo real” y su “suplantación por el mundo digital y la realidad virtual”.⁵ Quienes nos dedicamos a la Filosofía tenemos la obligación de intentar devolver a la Razón su esplendor perdido y rescatarla de la tiranía del número y del dinero que, desde la época romana, la tienen secuestrada para satisfacer su avaricia e insaciable avidez mercantilista.

⁵ Las frases entrocilladas están extraídas del reciente artículo de Concha Fernández Martorell, “educación digital”, *Enrahonar* 31 (2000), p. 165. El autor de esta comunicación debe reconocer, asimismo, que ha incluido este último párrafo a modo de coda influido por la lectura del mismo.